

## LENGUAJE DE UN PERRO

Salgo a la calle. ¡Qué multitud de personas! El aire está tibio, delicioso. El cielo muestra un azul pálido. Y un viento muy sutil pasa ligero. Cruzan rápidos automóviles, coches y tranvías. En los cafés un prolongado murmullo ronco acompañado de flautas, pianos y violines. Mujeres soberanamente bellas, con bocas provocativas, elegantes movimientos, y con unos ojos grandes que miran con un exquisito aire de coquetería. Hay animación, alegría y movimiento. Se respira vida. La bandera de la patria ondula orgullosa por todas partes. La ciudad sonríe: Es día de fiesta patria.

Desde una puerta vieja y fornida veía yo desfilas esa innúmera bandada de seres festivos. Sí, señores, desde una puerta. Porque todos los que han estado en Bogotá saben muy bien lo delicioso que es el pararse uno en una de esas puertas de la carrera séptima, a eso de las cinco y media de la tarde, para ver el ir y venir de tantas gentes distintas. Y a este económico placer lo apellidan algunas gentes de buen humor, cinematógrafo de los pobres. Y sucedió que, cuando ya estaba un poco avanzado ese cine, como ya hemos dicho, salió de entre la multitud un perro grande y negro, de piel reluciente y fina, dando agudos y dolorosos gritos, que más que de perro parecían de hombre. Pasó cerca de mí dejando al pasar una hilera de sangre; y pude ver que su cabeza estaba casi en pedazos, y que dos de sus patas estaban en una análoga situación. Siguió el animal calle abajo, apoyado a las paredes, y sus lamentos se fueron apagando. Sentí compasión por el animal, y paso a paso descendí por una de las calles de la ciudad, y fui a dar a uno de los cafés más concurridos.

Entré. Una orquesta tocaba alegremente a una loca multitud que en ese momento lanzaba al aire sonoras carcajadas, ocasionadas tal vez por el chiste fino de un bogotano, o por el exagerado de un antioqueño, o también por el diablillo del licor. Y así las cosas, ello fue que, tomando despacio, despacito una tasa de café, cogí el lápiz y me puse a hacer una traducción. ¿Sabéis cuál? Pues esos amargos lamentos del perro negro y grande que se fue calle abajo para perderse quizá en un sucio callejón de la ciudad capital. Y en medio de un gran silencio, uno de esos silencios que a veces experimenta el alma en los grandes bullicios, se fue corriendo mi lápiz sobre las cuartillas blancas para dejar impresas en ellas las lamentaciones del perro agonizante. Y la traducción es como sigue:

La civilización me ha dado muerte violenta. Ese automóvil número trece me molió el cuerpo. ¿Por qué? No lo sé. Ningún crimen había cometido. Atraído por el ruido alegre de las gentes, me fui corriendo para la ciudad a disfrutar de tan justa alegría; y gocé mucho, muchísimo, al ver que los hombres, mis hermanos, estaban todos con los rostros sonrientes. Pero al cruzar una calle me cogió ese carro fatal. Y los hombres siguieron lo mismo; ninguno se tomó el trabajo de bajar los ojos para verme. Cuán felices debieron de ser aquellos tiempos en los que mis ascendientes vivieron. Nada de automóviles, coches y tranvías; el cielo siempre limpio, ya que no había fábricas que lo empañasen; el agua pura pasaba cantando por entre las ramas de los fornidos árboles; un perfume de selva se paseaba por todas partes; libremente se corría por las calles, y se respiraba a pulmón pleno el aire; las gentes eran sencillas, honradas y sinceras; puras como las fuentes, y libres como el viento.

Todo esto parece que se fue para no volver. Los amigos han huido, y se han sucedido los falsos e interesados. Sí que cae bien lo que dijo el poeta: «Todo tiempo pasado fue mejor». La civilización..... la civilización trae consigo la corrupción. Los perros resultamos anacrónicos, detestables y pasados de moda en este siglo veinte.

Ya el hombre no gusta de los perros, los mata, los calumnia.... Sí, a los perros también se nos calumnia. Ya a todo perro que nazca en este siglo, no le queda más remedio que permanecer en la casa y morir de tedio, o quitarse la vida. Imposible salir a la calle o a la plaza porque nos aplasta el carro enorme de la civilización. ¡Já.... Já....!

Y aquí termina la traducción de los lamentos del perro moribundo.

Salí del café. Eran las diez de la noche, y la ciudad mostraba sus calles limpias de gente. Comenzaba la vida interior. De las puertas y ventanas para allá, están la vida, la animación, el lujo, el deseo, el estremecimiento, todo... Y afuera, un silencio abrumador.

Esos edificios coloniales y modernos aparecen en la noche fría, solemnes y habladores. Por en medio de los cerros de Monserrate y Guadalupe, una luna grande y melancólica se levanta, y envía sobre la ciudad doctoral, encantadora y misteriosa, una luz pálida y temblorosa....

I. NARANJO ARANGO,  
Colegial de número.

